

A.T.V.  
2565

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

---

LA

MUJER DE VIZCAYA.

—

BARCELONA.

IMPRESA DE SALVADOR MANERO,  
Lauria, 82. (Plaza de Cerdá.)

—

1881.



A.T.V.  
1565



# LA MUJER DE VIZCAYA.





N. - 6036

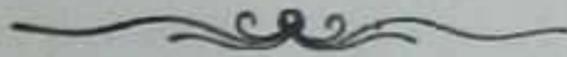
R. - 2189

LA

# MUJER DE VIZCAYA,

POR

D. FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.



BARCELONA.

IMPRENTA DE SALVADOR MANERO,

Lauria, 82. (Plaza de Cerdá.)

—  
1881.

---

PROPIEDAD DEL AUTOR.

---

## I.

Por doctas y expertas manos trazadas dos ejemplares heroínas de estas honradas descripciones fisonómicas; (1) abultadas con vivos y puros relieves de piedad, modestia y apacibles virtudes la mujer alavesa y la guipuzcoana, de quienes es trasunto y complemento la vizcaina; pintados y bien entendidos caracteres y rasgos de cántabros, várdulos y vascones, y de los herederos de su raza; cantada la fé, santificado el hogar; reflejándose cielo y tierra; palpitando el mundo de los valles y las dulces impresiones de su exuberante y variada naturaleza; orígenes y progénie, instituciones, régimen y organismo del pueblo eúscaro, aderezados por observacion práctica y constante de leyes, usos y doméstica economía; mostrado el conocimiento y estudio de

---

(1) *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas.*

---

aquella comunión, libre de exterior influjo, atenta al pasado, fuerte en sus preeminencias y reclinada en su nunca rendido brazo; dichas, pues, las empresas de sus mejores hijos; recogidas las ofrendas de su agricultura y apuntadas su geografía é historia, ¿qué le resta al cronista extraño, al tosco pincel de aquellos lugares, á quien deber obliga y afecto nacido de franca y pasajera hospitalidad empeña en ésta, para él tarea dificultosa? ¿Adonde alzar el vuelo de la fantasía para producir ecos suaves y pulir definiciones de cosas narradas y concretas, de tradicionales rasgos peculiares á la entidad femenina, en que no cabe empalagosa erudición, y sí somero y atildado juicio, ya hábilmente empleado? ¿Qué expresar, en suma, que no haya sido expresado por el pulcro Académico, ó por el ingénuo y escudriñador retratista de la mujer, cuyas huellas ha seguido desde sus primeros albores hasta el límite de sus perspicuas referencias?

Ya que ha habido ingénios, tal vez los más superficiales, que escribieron libros en que por

---

muy inferior se juzga el entendimiento de las mujeres, sin que ellas ni los hombres puedan decidir la árdua cuestion en que son juez y parte uno y otro sexo, fiada debió ser á los angeles, los cuales no le tienen, la sentencia sobre á quién corresponde la primacía en el largo litigio de la superioridad humana. La facultad de discernir las cosas sensibles que en sumo grado fué á las mujeres concedida; la limpieza y prontitud de su discurso; el acierto de sus juicios, más que todo en materias y delicadezas de la imaginacion; el sublime empleo de sus espontáneas facultades, y la suave bondad de sus instintos, advierten que, inclinados los ángeles á ellas, han sentenciado á su favor.

Asientan nobles definidores de la mujer que no es lícito privarles del sutilísimo metal de entendimiento con que las forjó naturaleza, aunque su agilidad en percibir, que al hombre hace ventaja, haya de templarse con cautela; que su espíritu no es inferior para cualquiera ciencia, arte ó empleo, y que á la desigualdad entitativa,

la variedad de organizacion ó el diferente temperamento, responde la comun sentencia de los filósofos, de que todas las almas racionales son iguales en su perfeccion física. Y si las almas fueran, por acaso, desiguales, ¿qué hombre se atreverá á decidir que es más perfecta la suya que la de su madre?

Sabíase ya que España ha producido mujeres por extremo adelantadas en el comun impulso intelectual, insignes en valor, en letras, en artes y en percepciones superiores al vulgar concepto; que la mujer cántabra, alavesa, vizcaina ó guipuzcoana de épocas primitivas esclavizadas por la barbárie, ejercia predominio en el hombre, superior á las hembras de otras razas; que el valor guerrero de los eúscaros cedia ante el amor de sus mujeres, y que en sus populosas asambleas, celebradas á la sombra de sus árboles seculares, dictaban las mujeres sus juicios y su fallo, en asuntos de influjo saludable para la república.

La mujer vizcaina de nuestro tiempo es robusta y arrogante; comparte con el hombre, y

---

áun le excede en las labores más penosas; la soltura y resistencia de sus miembros capacítanla para sufrir rudas fatigas. Dignamente altiva, parece que hay en su sangre renuevos de los tiempos feudales; empero su energía no traspasa el límite de los respetos humanos. Por regla general, lleva la dirección de la casa, maneja sus intereses, y además de su régimen interior, atiende, como su marido y sus hijos, á las faenas agrícolas. En la capital, es frecuente ver á la mujer de la clase media regir con tino y provecho establecimientos comerciales, y encargarse personalmente de sus transacciones y de las compras en el extranjero. Su carácter, más que expresivo, es sincero y afectuoso; morigeradas y ejemplares sus costumbres y su docilidad, así como la del hombre que le sirve de compañero, suele convertirse en rudeza si la sinrazon pretende dominarla.

Compendia el carácter de la mujer vascongada el panegirista de la alavesa, en el afecto sinpar á su marido y á sus hijos, en su reflexión,

---

inteligencia, caridad y noble porte, en el gobierno de su casa, en su fortaleza é inclinacion al aseo, en su cultura, y en que sabe «amar, rezar y trabajar.»

El historiador de la guipuzcoana resume su estudio de la mujer vascongada señalándola como uno de los más simpáticos y admirables tipos que encierra la fecunda tierra española; que no asombra ni deslumbra, porque ignora el secreto de las fascinaciones artificiales del gran mundo, y que su triunfo es más alto y transcendental, porque cautiva el alma de los buenos, porque sabe ser lo más bello y lo más grande que hay en la tierra: el modelo de la mujer cristiana, que hace de la familia un culto y del hogar doméstico un santuario.

De la mujer vascongada vizcaina podráse decir, glosando palabras del maestro Fray Luis de Leon, que ha logrado cumplir las buenas obras que exige el estado y oficio de la mujer que se casa, obras que cada una de por sí pide mucho juicio, y que todas juntas sin particular favor

---

del cielo no se pueden cumplir, como son aquellas, en supremo grado meritorias, de servir al marido, gobernar la familia y crianza de los hijos; la cuenta que con esto se debe al temor de Dios y la guarda y limpieza de la conciencia; y añadir, respondiendo al sagrado proverbio, que la mujer vizcaina no es la loca que destruye su casa, sino la sábia que la edifica.

¡Ah! Sí, del cimiento de esa casa, con amor, honor, conciencia, sobriedad y diligente espíritu amasado, brotó el edificio de la familia, de la fraternidad indisoluble, del pueblo unido para la comun y perseverante defensa de sus exenciones, lengua y costumbres, y de su libertad, que, según la tradición alavesa, no ha de perecer mientras las aguas del río Zadorra no retrocedan á su origen; del pueblo de instituciones propias, que desató el yugo de Francia; de la ciudad vencedora de las armas en la campaña nacional de 1813; de la ciudad de la creyente Iglesia; de la ciudad dividida en tantas jurisdicciones cuantos son sus hogares, concejos y merindades, y que por su

cultura la forma todo el Señorío; de una raza semi-escondida, cuyas virtudes civiles y privadas han fructificado tanto como sus granos de tierra; de la mujer, en fin, luz de aquella casa, madre de aquella familia, hija y hermana del pueblo, voz de la guerra que por buen consejo de independencia estimó justa al comenzar este siglo, ciudadana del deber, forjadora del hierro de la creencia, y móvil de las acciones de sus hijos.

Con mejores perfiles debiera ampliar la interesante figura de esta sensible y varonil mujer; mas tal empresa exige justificación de perito y suma de antecedentes minuciosos y ámplios de que carezco, y en situación vacilante para mi rectitud, cuando la voluntad vanamente se esfuerza para cumplir su empeño, surge, como aparición que viene en mi ayuda, la misma mujer que no acertaba á bosquejar de cuerpo entero: la mujer del bosque, de la casa, de la montaña, de la ciudad; la mujer que ha inspirado mis relatos, esencialmente verídicos y estudiadamente

fabulosos. Observarla atento puedes, ¡oh, pio lector de estas historias!, y supla á la esterilidad de mi paleta el fresco é insinuante colorido de sus narraciones, que cual tú me propongo escuchar.

---

## II.

Ignacia Valmaseda, pasajera en Madrid, que abandonó temporalmente su suelo de Vizcaya, es la que está presente. Viene á propios asuntos de que os hablará; pídemle para ellos concurso, y ameniza mis ócios refiriendo accidentes de su pasada vida, pues aunque no ha llegado á la senectud, no le falta que contar. Pertenece á una familia de la noble descendencia de Lekobide, caudillo de los euscaldunac y Señor del valle denominado antiguamente de Padura. Es mujer de bien templados sentimientos, para quien no pasa ignorado el vuelo del siglo, y aunque no ha sondeado libros, habla á veces como ellos, por privilegiada asimilacion en el trato de gentes instruidas y urbanas.

De su cédula de vecindad, que como á consultor me ha exhibido, extracto los siguientes

datos personales: «Edad, cuarenta y nueve años. Estatura, alta. Pelo, castaño. Ojos, pardos. Nariz, aguileña. Cara, ovalada. Color, sana.» A los que debo añadir que es de agudo pensar y de expresion fácil, engalanada con natural acento castellano; que su corazon tanto se abulta que asoma á veces por sus lábios; que es tan pura en instinto como rica en modestia, y que su feliz memoria bastaria á crear un segundo entendimiento.

Oigámosla:

«Yo, señor, no soy dichosa más que en cuanto la dicha dependa de un hijo y de una nieta; mas para hablar del primero, causa hoy de mis afanes y congojas, no será impertinente, puesto que usted me excita á que le confie las intimidades de la vida de mi país, que hable de la muchacha, tornando la vista á otros tiempos y comarcas, y salvando con su benevolencia mi poca inclinacion á ocuparme de mí misma.

»Desterrada y pobre, aunque no de un holgado sustento y bienestar, tendria para mí sobrado

---

con el logro de que una rama de su tronco desprendida vuelva á consolar los dias que me restan. Seria feliz viendo reproducirse á mi esposo en su hijo, mirándole á mi lado y atendiéndole con igual solicitud con que atendí en dias venturosos á su padre.

»¡Ay, señor, que no puedo recordar sin que los ojos se me enturbien de lágrimas aquel amoroso valle, donde todos los míos vieron la luz, y donde algunos se despidieron de ella por toda una eternidad! Aquel valle que llaman *llanada* de flores, donde en sentado cerro y rodeada de robles y nogales grandes, aunque no tanto como la inmensidad de Dios que allí resplandece, se eleva la parroquial iglesia consagrada á la Virgen María, Madre de los que sienten y aman, dedicada á la fé de los que esperan, y al dolor de los que sufren, que en aquel lugar de santidad y de reposo hallan dulcísimo consuelo. Muchas veces me he inclinado sobre sus losas, y otras tantas ha fertilizado mi llanto la resignacion.

»Mi valle, señor, es más hermoso por lo que

guarda que por lo que expresa, es más lozano por su sávia que por las galas de su naturaleza, es más grande por su bondad que por su cabida. Si yo pudiera pintarle... Unas cuantas caserías lamen la falda del cerrillo, como prosternadas ante su iglesia: viviendas que acampan como palomas tendidas, desparramadas en desigual nivel, sobre un extenso maizal de arrogantes tallos. Allí está mi casa, de entre ellas la más pobre, pero no la menos blanca. Desde la *portalada* se penetra al piso bajo, donde canta el hogar, alegra el granero y fortifica el olor de la *cuvera*, donde está el horno que produce el principal sustento, y un poco más allá, el establo cobija mis dos lustrosas y menudas vacas y el perro leal que refunfuña á sus piés. Doce escalones carcomidos por el tragar de sus moradores, conducen á una sala, un cuarto y dos alcobas; encima está el *payo* ó desvan, y encima el cielo. Aquel es, señor mio, el templo de la familia; refugio del chico que destroza y de la madre que conserva y repara, de los ancianos abuelos que

honran y presiden, y de las ánimas de los muertos que avisan, ó mejor dicho, que no consienten el olvido. ¿Y cómo olvidar á los que hemos amado, á los que nos amaron y aún nos aman desde la otra vida?

»Una *estrada* ó pintado caminito desde cuyas lindes se confunden en un abrazo manzanos y enredaderas formando pabellon que guarece al caminante, comunica las caserías con la iglesia y enlaza los términos rurales de la parroquia. Las *seves* ó bosques tallares que atraviesa forman contraste con las peonadas de maizales y de trigos, donde estas semillas comparten el jugo de la tierra con la alubia, el haba menuda y la calabaza, como para demostrar que allí todo vive y prospera en fraternal concierto de práctica igualdad, aprendida sin que nadie nos la enseñe. *Cárcabas* ó vallados señalan las lindes de cada propiedad, donde anidan las violetas, la mejorana, los brezos y las fresas silvestres, primorosos corales que esmaltan nuestros campos, y un manso y bullicioso arroyo serpea entre

---

juncos, árgomas, zarzas y brezales desde la fuente que en la plaza de un bosque de castaños por sonrosada teja vierte el raudal desprendido de las nubes amigas de nuestras montañas.

»Lugar aquel bosque de expansivo descanso, de citas, de querellas y bonanzas, á él acuden los viejos á recordar, los hombres á envidiar, los muchachos á sustituirles en lances de amor y juventud, y los niños á tirar piedras á los árboles para coger el fruto antes de sazonado, que tal es el achaque de su tiempo. Yo veo á todos desde mi cercano huertecillo, donde labran mis colmenas sin descanso esa labor que inspira la constancia, y en el que contemplo dos árboles frondosos: un peral amarillento que soporta satisfecho el gran peso de su fruto, y un cerezo *ampollar*, plantados por mi marido en memoria de dos fechas: del nacimiento de mi primer hijo, que cual su padre, en el seno de Dios descansa, habiendo dejado huerfanita á mi pobre Joaquina, y del día en que vino al mundo el hijo único que me queda, afiliado hoy al ejército, y de cuya

suerte me es tan difícil arrancarle. ¡Ay, señor! ¡Aquellos elocuentes arbustos dicen tanto á mi corazón!... Me dice el primero que creció con mala sombra, y como el sauce, inclina sus ramas en señal de duelo. El segundo, orgulloso con los lauros del soldado, ostenta en sus hojas el color verde esperanza, para alimentar sin duda la de esta afligida madre. ¡Pobres hijos míos, y ménos pobre aquel que goza de dicha eterna, porque acá, áun en la tierra más pacífica, no se disfruta un día de completo reposo!»

Ignacia, conmovida, quedó un instante en silencio, saboreando el placer de aquellas lágrimas hondas, y luego continuó:

«Perdone usted, señor, flaquezas de una triste aldeana; pero como tan sólo vive de recuerdos, recuerdos únicamente puede transmitir, aunque no siempre han de reflejar pesares, sino esas dichas de la existencia que brillan cual relámpago, y sólo pueden celebrarse de memoria. Hoy las renueva mi nieta Joaquinita, que es el ángel á quien guío y me acompaña. Faltaron sus padres,

---

mi hijo mayor y su buena esposa; de mi lado hu-  
yeron otros séres queridos, y puede decirse que  
yo he educado á esa niña, enseñándole á rezar  
por los que fueron, más que para sí, para nos-  
otras, á leer y á coser, y á ser limpia de cuerpo  
y alma.

»Es ya grandecita, y antes de entrar en tarea  
y de haberse peinado bastante de mañana, dá  
una vuelta á la casa, echa migas de *borona* á las  
gallinas, y acompaña hasta un cerrillo inmedia-  
to á una manadita de ovejas y cabras, compañe-  
ras de nuestra soledad: allí las deja, con encargo  
de que no abusen de su libertad, como hacen los  
hombres, y vuelve suelta y jovial á sentarse  
frontera á una ventana, donde sus miradas atien-  
den unas veces á la costura y otras á la cañadita  
de los *landechos* ó manzanos tempranales, desde  
cuya espesura los pájaros charlatanes le dicen  
muchas cosas que sólo puede entender el alma de  
una niña. Un ratillo á prima tarde, se repasa el  
Catecismo y se lee el Año Cristiano, obras en que  
se condensa toda nuestra filosofía, pues á mi va-

---

lle, señor, todavía no ha llegado eso que se llaman políticas controversias; y despues de la comida de animalillos y personas, que no peca de escasa ni indigesta para unos ni para otras, bajamos á la *portalada*, donde Joaquina corre entretenida, trepando á los cerezos para descolgar pendientes que traslada á sus orejas, y que competir no pueden con sus lábios, mientras que yo la observo hilando el nevado copo, hasta que vuelve jadeante en busca de descanso, á escuchar historietas é invenciones de mi cosecha en que danzan cántabros y romanos, vascones é irlandeses, ú oñacinos y gamboinos. Caida la tarde, buscamos á la cabra mocha que ha de festejar nuestra cena: ella la ordeña en tanto que la sujeto con caricias; vamos á la *abacería* á comprarle golosinas cuando alguna buena accion exige premio, no sólo para ella, sino para las mejores niñas del contorno; bajamos al arroyo de la fuente de los castaños á humedecernos las manos y á purificar nuestras sienes, cuando no á coger agua en la *edarra* ó herrada de reluciente

---

cobre; la niña hace molinitos de junco y represas, en compañía de otras tan candorosas como ella, y adornadas con manojos de olorosas flores silvestres nuestras manos, volvemos á la casería, rezamos el Santo Rosario y la oracion por nuestros muertos, cenamos con plato obligado de leche *de casta*, con harina ó migada, que la frugalidad de la vizcaina corre parejas con su salud, y nos vamos á descansar en el seno de nuestra tranquila conciencia.

»Al dia siguiente repetimos las mismas costumbres, pero si es sábado se huelga por la tarde; nuestro huerto paga su tributo de rosas y violetas á la Virgen María, colocadas en su altar por mi piadosa nieta. Y llega el domingo, en que se asiste á misa al ser el alba, llevando yo candelá y ofrenda de pan de trigo para mi más amada sepultura; y despues, obedientes á la excitacion que desde el altar nos hace el Párroco, vamos las mujeres y el pueblo útil, que lo es casi entero, á sustituir en la faena de sus campos á los enfermos é impedidos, los cuales se morirían

de hambre y desengaño, si en su auxilio no fueran nuestro afecto y nuestros brazos. ¡Oh, y que hermoso es trabajar sin otra recompensa que la de hacer bien al que padece!

»Báilase en corro los domingos y fiestas de guardar, y las muchachas entonan sus cantares, melancólicos á veces como nuestro sol, á compás de la pandereta; ó escuchan pito y tamboril, que anuncian solaz con su *zorricico*; ó ven jugar á la barra, á los bolos ó á la reñida pelota en el *carrejo*, aficiones que el otro sexo se reparte; ó juegan al *mus*, para el cual no suelen encontrarse puntos. Refieren los ancianos las hazañas de sus bueyes, contando las espirales de humo que sale de su pipa; los casados apuran tranquilos, y por lo común apartados en público de sus mujeres, un jarro de *rojillo* chacolí, y abuelas y madres siguen el derrotero que les marcan sus hijuelos, distraídos, según la ocasión, en descubrir setales, en curiosear colmenas, en hacer pocillas en el arroyo, ó en buscar con sigiloso anhelo nidos de malviz.

»Pero llega la paternal festividad del valle, y júbilo y estrépito repiten cien ecos de sus colinas. Desde el alba, campanas y esquilonos hablan con el mismo inarticulado lenguaje de los pájaros, á los que despiertan los resplandores de los *súsis*, manojos de paja que antes de asomar la aurora alumbran ya á los campos, como para indicar que aquel día feliz debe amanecer más temprano. Y ¡cosa rara! aquellasavecillas ejecutan en tal día sus más dulces y melodiosos acordes, confundidos con el tamborilejo que suena también á fiesta, con los cohetes y con los cantares de las muchachas que se elevan al cielo como se eleva el humo azulado de los hogares y el pensamiento de sus moradores. Las aldeanas, en recíproco agasajo, y muestra de su franca hospitalidad, salen á recibir á sus amigas forasteras, para acompañarlas á la iglesia, cuyos altares se hallan convertidos en verjel de rosas y claveles, y su pavimento alfombrado de tomillo, neldo y espadaña, que juntan sus aromas para contribuir al unánime concierto. Allí van las mujeres

---

con su mantilla de franela y su vestido de estameña de Toledo, que lucen despues de la funcion religiosa en el frondoso nocedal, donde los romeros han establecido fondines, poncherías y tabernas de inofensiva mercancía; porque ni aquel vino se sube, como decirse suele, á las barbas, ni aunque se subiera, le dejarían llegar á ellas sus sobrios consumidores.

»Y llegada la hora de solemnizar el dia, satisfaciendo las naturales exigencias del estómago, en ningun estado, pueblo ó lugar desatendido, sino antes bien regalado con la mayor solicitud, delicadeza y gusto que emplea el hombre, tienden las mujeres los manteles, unas sobre la fresca hierba, otras en los tableros de la cocina, y otras en más acicalada y succulenta mesa; no faltando en aquella diversidad de sencillos refectorios apetito y buen humor con que se honran y sazonan manjares del país, como capones de Durango, merluza de Bermeo, sardina de Santurce, chorizos de Munguía, espárragos de Baquio y cecina de Arratia, aderezados

---

con pan de Gordejuela y marquinesa sagardúa.

»Ved aquí, señor, nuestras mas señaladas alegrías: en ellas, como en todas las de mis patriarcales valles, la mujer ejerce imperio casi omnímudo, incondicional y sancionado por los tiempos y los hombres.

---

### III.

Ignacia prosiguió:

«Tengo oído de un librejo atento á cosas de la labranza de la tierra, que el trabajo de la agricultura es el primero á que por supremo mandato atendió el hombre. «Amasado con tu sudor comerás el pan», dijo Dios, y de tiempos de la inocencia del mundo data una ocupacion tan noble como útil.

»En nuestros valles, la agricultura no es oficio, sino parte de aquella mision sagrada, y para aumentar el comun acervo, todos movemos los brazos y la voluntad, cultivando sin descanso árboles, semillas, vides, tubérculos y legumbres, que luego nos ofrecen flores para recreo y para sustento frutos, y fomentando la crianza de ganados que nuestros recursos auxilia; como que de este modo y en espacio de menos de un siglo,

hemos triplicado el valor de nuestra hacienda. Terrenos habia inactivos por haberse apoderado de ellos jaros, matorrales y arbustos, hijos espurios de los campos, que, merced á la *rompida*, hánse convertido en extensas *campas* y fertilísimas *llosas*, que mas producen cuanto mas se les obliga y labora, y que considerados antes como inútiles hasta para el pasto, por su índole pantanosa, cayuelosa ó arcillosa, compiten hoy, y aún aventajan en ciertos lugares á la tierra temprana y productiva. Añádase á esto la industria *ferrona* ó *ferrera* y carbonera, á pesar de que han decaído en importancia, y se verá que, sin ser ricos, no son tan escasos los medios que ha puesto en nuestras manos la madre naturaleza para atender á nuestra subsistencia.

»Las húmedas neblinas y la lluvia menuda ó torrencial nos ayudan; abundantes aguas de abril y mayo bendicen la siembra de San Marcos y la cosecha de San Miguel; nuestros humildes riachuelos se desbordan y saturan las tierras; las tempestades que se suceden en primave-

ra, á la mediacion del dia, prestan benéfico rocío al *miáz*, la primera de nuestras plantas; y así como las nubes atienden á la salud y lozania vegetales, los cuerpos sacian su sed y despiertan el apetito con *fnas* aguas arenizas ó calizas, y *duras*, que de entrambas hay purísimos raudales en nuestros bosques y laderas.

»La primavera anuncia su reinado con sonatas de pájaros cantores; espléndido manto verde salpicado de *cirria*, gala del maiz, con flores de endrino, manzano y guindo, y con un vivar de manzanillas, ornamento de los collados.

»Sonrien en el fondo de mis valles las *piezas* ó heredades, que alegran el alma de sus cultivadoras. Dias serenos, noches tibias, sol que por entonces suele ostentarse con todo su brillo, y luna que platea los campos, rinden tributo al Criador, porque en la tierra layada y sembrada poco antes asoma la rubia cabeza de la mazorca y el áureo grano de trigo que brota impaciente con la arrogante espiga. Los chicos que han hecho *cucú* ó rabona de la escuela, cuidan de los

bueyes que herbajeen en las *honderas* ó en las *campas*, escudriñan los *regatos* ó improvisan *silbos* de corteza de árboles. Las mujeres, briosas é incansables para la faena, *sallan* en las *piezas* adelantadas ó *baten* terrones en las atrasadas, celebrando esta práctica fiesta del trabajo con risas, donaires y *cantas* populares, y con regocijos y decires gallardos; ó, como mi nieta Joaquineta, lavan la ropa de casa en el arroyo, sumergidas en el agua por nociva costumbre hasta media pierna, y cantando mientras golpean sobre la piedra:

—Todas las manchas, madre,

Se quitan con jabon,

Todas las manchas, menos

Una que tengo yo.

—¿Dónde la tienes, hija?

—Madre, en el corazon.

—Pues llora, que con lágrimas

Te la quitará Dios;

ó celebran con sutilezäs de ingenio el año abundante que se prepara, segun ha anunciado la

---

venida del cuco por el primer camino que alumbraba el sol; ó alegran con su presencia la refaccion de la vaquita lechera, cuyo diente repasa los bordes de la *estrada*; ó el delantalito encarnado con listas blancas rellenan de hierba segada por su mano para cena de los bueyes; ó sueltan la cabra al *jaro*, que por descuido quedó en el establo y recuerda su reclusion con acentos penetrantes; ó buscan el caliente y alabastrino huevo en el *ponedero*; ó discurren, en fin, por aquellos lugares ligeras como ciervas y coloradas como guindas oquendanas, abandonando el hogar de la entornada puerta por donde nadie penetra en ausencia de la casera, como no sea alguna amiga, pariente ó vecina, que por sí y así toma prestado algun objeto de la vivienda, para devolverlo en cuanto que llenó una falta, y quedar obligada al mismo auxilio y recíproco favor de hermanos. En esta vida, señor, olvidadas del mundo, y como si ya no le hubiera al transponer de nuestras montañas y colinas, subiéndolas y bajándolas cuando la clemencia del

---

tiempo lo consiente, que es en la mayor parte del año; congregadas con nuestros hijos, padres y maridos cuando nieva ó *tropea* en torno del leño que chisporrotea y de la llama que ilumina y anima nuestros rostros, en los cuales jamás se borran las huellas del sudor, andamos la tranquila jornada, equidistantes del placer y desventura y acostumbradas á huir del incentivo del primero y á soportar con entereza la segunda.

»En la mañana del domingo, hombres y muchachos, no menores de doce ó catorce años, forman de muy temprano con las mujeres que van saliendo de las caserías la caravana ó peloton de la vendeja. Allá van con sus productos y mercancías, cuyo valor representa á lo sumo treinta ó cuarenta reales, las festivas y erguidas aldeanas, llevando en la cabeza y asentada sobre el *sorquie* ó rodaja de trapo la porcion con que han de comerciar en aquel dia. Frutos, huevos, hortalizas, pan, aves y productos diversos de cada localidad multiplican los haberes de gente laboradora y escasamente acomodada. Llégase á la

---

plaza, véndese como se puede, y aunque la ganancia satisfaga el cálculo menos interesado, siempre queda resíduo para llevar á casa, despues de empleados unos cuantos reales en encarguillos, artículos necesarios y baratijas, que, por insignificante que sea su valor, acógenese en la casería con muestras de agrado, cuando no de asombro, pues hay chicos que ansiosos las esperan y examinan con ojo de aumento, contemplándose felices las muchachas que vuelven á su hogar satisfechas algunas de sus necesidades y trayendo exíguo remanente, que alivia, si no enjuga el déficit entre los ingresos y los gastos de la pobreza.

»Al ir, estar y tornar de la vendeja, fiesta de mercado ó romería donde la gente moza acude con puntualidad, porque tal expansion comunica y estrecha afectos de nuestro pueblo, la sencillez de costumbres de mis valles admite cierta familiaridad y confianza juvenil entre los sexos, que no traspasa el límite del candor y la licencia. Suelos y alegres, pero circanspectos y for-

---

males, en mis tiempos, veníamos muchas veces enlazadas las manos, llevándonos ellos sobre la cabalgadura ó apoyados unos en otros para aliviar el cansancio de los menos fuertes, sin que ninguno advirtiera que puede haber malicia en usos y acciones inmeditadas. Verdad es que de las cordialidades del íntimo trato nace la simpatía que enlaza las almas, que hay diferencias de carácter y sensibilidad entre las cuales no dominan de igual modo la reflexión y la templanza, y no lo es menos que la flaca condición humana puede ceder al desvarío ó caer en error, si hombres y mujeres no miden la distancia entre el afecto y el deber; empero la fisonomía moral de un pueblo no depende de acciones aisladas ni de excepcionales fragilidades inherentes á la gran masa social, sino que se mide y determina por leyes generales de conducta y de sentimientos. Los nuestros, señor, no suelen propender al vicio, que antes bien de él nos separa la afición al trabajo y á los cuidados de la honra de la colectividad, que está por encima de la honra del indivi-

duo. Es, pues, cierto que si la mujer soltera vascogada vive libre como las auras que purifican su atmósfera, esclava se considera del honor de sus mayores, y si por acaso cede en el combate y dominio de la materia, la conciencia pública, alborotada, descarga sobre ella el fallo de la extradición y huye del país, que señala con lástima y repulsión á los *jarriegos*, como en las Encartaciones llaman á esos seres infelices de origen y paternidad desconocidos.

»Estremecida de dolor contemplo alguna vez á mi tierna nietecita, de cuyos padres no conserva otro recuerdo que las virtudes y cualidades con que, á mi modo y atenta á la verdad, yo se la pintó; pero tristes de aquellos que ni por referencia conocieron á los suyos; pobres niños sin consuelo y sin caricias, á quienes está vedado descifrar el origen de su nombre. Y aunque en mis valles no hay sentimiento dormido ante estas rudas soledades eternas, pues de nuestro sexo brotan, como rosas en tierra fértil, halagos y ternezas para los seres débiles y desamparados, y

---

esmero y atenciones de todas las mujeres convertidas en madres para el niño que carece del dón más inapreciable de la tierra, ¿que corazón podrá sustituir la pureza del santo amor que en otro se ha engendrado? Yo lo procuro, fijo el pensamiento en mi Joaquina, y suele aparecerme que es en vano. La ví nacer, y espero que me ayude á bien morir; su existencia he seguido paso á paso; héla consagrado la mía; esto, empero, no basta á que me mueva hácia ella el espíritu que siento inflamarse, el sentimiento que me exalta cuando pienso en mi hijo.

»Recuerdo la tarde en que mi marido y yo sirviendo de padrinos, y su padre ocupando el lugar que le correspondía, y algunas vecinas y vecinos sólo por cansada edad desocupados, llevamos á nuestra iglesia á cristianar á Joaquinita. En la puerta del templo se la ofrecimos á Dios, pidiéndole con las veras del alma que la mantuviese propicia á su servicio, y al preguntarle el Párroco en la pila, si quería ser bautizada, pronunciamos los presentes la frase sacramental de

---

«Quiero» con aquella expresion y sinceridad propias de lábios creyentes y fervorosos; porque era verdad que queríamos, y aún más, ansiábamos recibir en su nombre la primicias de la fé.

»La voz del órgano, que sonaba aquella tarde por extraordinario, llenó de júbilo nuestro corazón; medio pueblo asocióse á nuestros votos por la dicha de aquella criatura; hubo nueces y miel, tortas de leche, acostumbradas fruslerías para los más allegados, y regocijo para todos, y chicos y muchachas se despacharon á su sabor cogiendo *chaponés* (monedas de dos cuartos) á la *péscola*, que mi esposo arrojaba de lo alto de un ribazo, invirtiendo dos docenas de reales en aquella dádiva, fecunda en pescozones y arañazos para los que de ella se aprovecharon, y de risotadas y algazara para los que presenciámos la infantil escaramuza.

»Un bautizo en mi anteiglesia significa un nuevo motivo para bendecir á la Providencia, que eslabona las generaciones entre las primeras lágrimas y las postreras sonrisas, entre el grito

---

de alerta del que viene á sufrir y el melancólico saludo del que vá á descansar. Las madres vascogadas sentimos la influencia del sér que hemos guardado en las entrañas de igual modo que la expresan y sienten las madres españolas; que en este dulce movimiento del alma no se establecen diferencias de lugar, de costumbres ni de temperamento. Todas hemos nacido para sacrificar á nuestros hijos el hálito mejor de nuestra vida, todas sentimos ese amor sin recompensa; podrá haber entre nosotras una mala mujer, pero estoy por decir que no existe una mala madre.

»Y para consuelo de las que con su estado matrimonial puedan andar desavenidas, repetiré á usted lo que esta pobre mujer se complace en recordar de sí y de todas las que abren y cierran los ojos debajo de aquellos árboles benditos. Amamos á nuestros maridos como Dios manda y deber enseña mientras viven, y si por contraria suerte se nos adelantan en la postrera despedida, parécenos que la conciencia nos acusa de que to-

avía no les hemos amado bastante. Al perder al mio, le ví salir en hombros de cuatro de sus deudos, y sentí indicios de remordimiento por no haber consentido mi escasa fortaleza que por mí propia le llevara á la sepultura. Muerto iba por el mismo camino en que veintiocho años antes habíamos venido juntos á mi casa, el dia feliz de nuestra boda; detrás iba yo, hecha un mar de lágrimas, por aquella calle de la Amargura; á mi lado mis huérfanos, y detrás los vecinos de mi aldea, huérfanos como nosotros, porque cuando es llegada su hora al hombre de bien que supo honrar al prójimo como á sí mismo, huérfanos son los que se quedan sin su amistad, sin su arrimo y sin su ejemplo.

»Por la angosta *estrada* que conduce al cementerio iba la viuda, que preside el duelo; iban los hijos, que así advierten á los suyos el piadoso deber de amar y respetar á los padres hasta el último momento; íbamos todos los que en patriarcal consorcio recibimos jubilosos al que llega y despedimos con llanto al que nos abando-

---

na, sin advertir, tal es la condicion humana, que es menos digno de lástima éste que aquel.

»¿A qué decir, señor, que durante su enfermedad postrera dediqué á mi marido, no superiores, sino iguales cuidados y servicios que los que le habia consagrado en sana salud? ¿A qué contar que velé cuarenta dias y cuarenta noches á su lado, observando las mudanzas de su semblante, su respirar, que cada vez se hacia más tardo y fatigoso, sus ademanes y el lenguaje mudo de sus ojos, que hablaba á mi alma con inarticulados acentos de desesperacion? ¿A qué referir que leia en su pensamiento frases misteriosas é incoherentes, cuyo sentido me aterraba porque comprendia que eran las últimas? ¿A qué pensar lo que pensaba entonces? Que es preferible anticipar nuestra muerte á la de los que amamos, porque en cámbio de la suya, material, fácil y pronta, nos queda á los sobrevivientes esta muerte penosa del recuerdo, esta muerte inexorable de la insensibilidad, cuando el tiempo gasta el sentimiento; esta muerte lenta y sin me-

dida de la gota de agua que vá labrando el hoyo sobre la roca!...

»Pero, señor mio, ¿no es verdad que en lugar de poner cebo á la curiosidad de usted con los incidentes de mis relatos, estoy vertiendo amargores en su corazon? ¿No es verdad que remeda oficio de difuntos la prosa de esta mujer, acostumbrada á expresarse para sí y á sentir por sí y por los demás?

---

#### IV.

»Tentada estaba—añadió Ignacia despues de breve pausa — á narrar flaquezas y nimiedades de mis sencillas y crédulas paisanas; pero en verdad que á nadie interesan conjuros y viejas ideas que, por arraigadas que estén en la imaginacion del vulgo, dócil al más leve impulso del error y en el que no abundan juicios sanos y hombres veraces, desdicen de la cultura moderna. Obcecacion estacionada en ya exígua parte de nuestras campesinas es creer en *sorquiñas* ó brujas, descendientes acaso de los aquelarres famosos de Navarra; ó en los saludadores de Guipúzcoa; ó confirmar el asenso que halla en cerebros desorganizados la idea de que éstos curan los males, y aquellas causan el pavoroso *begui yecó miñá* ó mal de ojo. El misterio atribuido á la jerga ó *bató* de los ayaleses, que nadie más

que ellos entiende; los relatos romancescos del puente de Castrejana, fabricado como algunos otros por el diablo, ó del pico de Celaya, donde el que engaña á una muchacha oye una espantosa voz que le ocasiona la muerte; el cuento de la campana milagrosa, que sin que alma viviente la impulse tañe á media noche, y otras invenciones de este jaez, que entretienen lábios y oídos ignorantes, vanse relegando al lugar del absurdo, aunque no tanto como otras que so capa de religiosa creencia se contraen á las virtudes especiales que para beneficios y maleficios atribúyense á algunos templos, como acontece en San Pedro Zariquete (Zayas), donde se aplican conjuros para curar á niños hechizados. Yo he visto señalarse con extraña devocion á una pobre mujer que colgaba al cuello de su vaca los Santos Evangelios para que la preservaran de todo mal; mas estos desvaríos de la falsa creencia, aislados ya en inteligencias débiles ó perturbadas, caen en menosprecio con los últimos resquicios de la influencia pagana.

»Mejor entiendo, señor, y observo sin exagerarlas ciertas costumbres piadosas que identifican con su historia á la mujer de mi raza, en cuya tierra ha heredado el ardor y constancia de sus aborígenes para defender su religion. Pátria de los laureles es nuestro campo, y en él verdean siempre y crecen á maravilla, fabricando la primavera para sus hojas millares de botones de oro más fino que este metal. Llegá la festividad del Domingo de Ramos, y todos cortan con esmero y enarbolan orgullosos su laurel para que sea bendito y con mejor empeño justifique su significado de gloria, lo cual, á mi ver, quiere decir que nosotros consideramos pequeña la gloria humana cuando no se pone en contacto y relacion con la divina. Así que el sacerdote ha consagrado aquellas esbeltas y lucientes plantas, el pueblo reparte el movable verjel de casería en casería, y las mujeres se encargan de colgar un ramo bendecido en cada una de las principales habitaciones de la vivienda. De igual piadosa manera, y al nacer el sol de Mayo, mondamos

los récios tallos de espino que brotan en las *seves*, y formando cruces más ó menos toscas, llevámoslas á la iglesia para que sean benditas y completen luego, enclavadas en tierra ó izadas á modo de bandera sobre las puertas de nuestro albergue, las bendiciones que el sacerdote, en nombre de Dios derrama sobre nuestros campos.

»El mes de Mayo es el mes de salvas, armonías y galas de la naturaleza. De mis valles subimos á esperarle á la montaña, y á la primera caricia del aura perfumada y del rayo brillante de sol que le anuncia, celebramos la llegada de las rosas y claveles de Deusto; de las enramadas de avellano y parras monchinas; de la fresa de Begoña; de las guindas cuyas ramas humedece el Cadagua; el canto placentero de mirlos y malvices que mutuamente se dedican salutations melódicas, y las brisas marinas de nuestros puertos que resbalan á ciertas horas por aquella atmósfera embalsamada, dejándonos en prenda de cariño ósculos de paz y de ventura.

»Dichosa mañana aquella en que el Párroco,

---

seguido del pueblo, sube procesionalmente á la colina desde cuya prominencia ha de aspergiar con agua de salud *llosas, campos* y heredades, mientras una voz que parte de lábios numerosos entona la Letanía de los Santos, y las mujeres elevan sus acentos al Hacedor de la primavera y de sus beneficios. Tarde y dichosa víspera de San Juan, en que, olvidando las asperezas del trabajo, las muchachas de mis valles, solícitas, agradables y expansivas, festejan la *Sanjuanada* subiéndolo diligentes á la altura en busca de *roza* ó maleza, atando los haces de aliagas que los hombres amontonan y arrojándolos por las pendientes para que vayan á dar en el campo de la iglesia, donde ha de celebrarse la *quemada*, y donde, envueltas en resplandores que iluminan el espacio y poetizan la noche, bailan desaforadas y cantan á compás de la pandereta, mientras los mozos disparan las escopetas con estrépito, y el ánimo de tímidos y retraídos se despierta al agudo y placentero repicar de las campanas.

»¡Bendito sea Dios!—digo yo siempre que oigo

el vivo platicar de esas cristianas lenguas.—La campanita, señor, es la mejor amiga de la mujer vascongada, como debe serlo, á no dudar, de la mujer que derrama su sensibilidad por esos mundos. Campanas y mujeres se unen en lazo de ternura y recogimiento; se entienden, se comunican, se aman: unas y otras hablan alto, claro y hondo; unas y otras expresan conceptos sanos, frases sencillas, creencias firmes y profundos pensamientos; unas y otras pregonan paz entre los hombres y celebran glorias de Dios y del hogar.

»En mis valles, la campana es salmo que todos escuchamos con atención y delicia; voz que conmueve, que inspira y que persuade: es grave cuando llama á concejo ó junta, en que han de ventilarse asuntos ó consultarse resoluciones beneficiosas al procomún; de mandato, cuando anuncia el cumplimiento y observancia de nuestras prácticas y leyes consuetudinarias; de precepto, cuando recuerda deberes sagrados; acento de alegría, cuando llama á fiesta ó público rego-

cijo; y de enseñanza y recuerdo el más elocuente, cuando en s6n lastimero avisa su tañido el tiempo breve y la frágil condici6n de nuestra existencia.

»Al nacer el día, hora en que resucitamos del sueño, parece que, como el SEÑOR dijo á Lázaro, me dice la campanita de mi iglesia: «Levántate y anda». Conciértase con el reloj al dar las doce, y el acompasado sonido del metal añade: «Bendice tu sustento y á quien te lo envía». Al caer las brumas y los reflejos de la tarde, exclama exhalando suspiros: «Acuérdate de los vivos y de los muertos».

»¡Ay, señor! ¿Quién habrá tan sordo á las insinuaciones del amor y del dolor que escuche las campanas sin gozar y sin esperar? ¿Quién habrá tan indiferente que deje de sentir las cuando hablan al alma y al espíritu? ¿Quién dejará de oírlas un instante cuando la imaginaci6n nos finge á toda hora su sonido y éste resuena de igual modo en los senos del placer que de la conciencia? ¡Benditas sean las campanas, voz de los án-

geles y eco de las dulzuras del cielo! ¡Benditas!

»¡Y qué gratamente sonaban el día de la fiesta más grande del año! Era la del *Corpus*, en que del fondo del arca salen al aire los trapitos de cristianar, y las hembras, con la mantilla doblada sobre la cabeza, al paso que se quitaban el sol con *quimas* ó ramas de árbol, y los hombres, arrogantes y aseados, que resisten sin molestia las caricias del astro, iban congregándose en el sitio de la fuente, donde había llegado nuestro tamborilero, que con su pito ó *chilibitu* ejerce funciones honrosas y hereditarias.

»Tras la misa mayor, todavía se ejecuta en algunos lugares apartados la *espatadantza* (danza de las espadas), en que con palos se significan las antiguas lanzas y bordones, ejercitándose en este alarde guerrero pueblos de origen belicoso que al són del atabal ó *vasca tibia* de los romanos recuerdan sus característicos rasgos. Y después de la rifa de la torta de pan de trigo esmaltada de grajea, costumbre que para atender al culto

---

de la iglesia mantienen piadosos y acomodados feligreses, verificase el baile.

»El baile, señor mio, en nuestras cortes de amor al aire libre, presididas por las fieles justicias bajo el árbol secular de la merindad, no es leve esparcimiento y descompuesta zalagarda, sino ejercicio y distraccion solemne, á la que, como á las romerías de nuestros Santos Patronos, suele concurrir la Municipalidad en corporacion, y los vecinos con sus galas y apuesto continente. El llamado *baile real*, ú originario *aúr-escu*, de que es parte el popularísimo *zorzico*, dedicóse, además de estas festividades, á conmemorar hechos gloriosos, á las juntas ó reunion de autoridades provinciales, y á señalados regocijos de la familia vascongada. En él resalta cierto pintoresco y melancólico estilo musical que inspiró la musa de la montaña, y es antítesis de danzas carnales que estrechan distancias y vértigos producen á los bailadores de otros pueblos. Una de sus figuras se nombra *pasamazos*, ó llamada á las mozas, que al bailarín de primera mano

traen sus compañeros, saludando á la elegida con señal de respeto, y siendo de precisa fórmula que aparezca seria y desdeñosa, en tanto que su pareja arroja la boina á sus piés en un sólo trenzado, que la obsequiada presencia con preceptiva gravedad y sin asomo de sonrisa. Otra parte es el *aurrescu*, que debe durar veinte minutos lo menos, y cuyos turnos ha llegado el caso de distribuir la autoridad por papeletas; y últimamente, el *járin, árin!* (aprisa, aprisa), baile vivo que á modo de galop completa estas danzas, para las que no parece sino que son de bronce nuestras mujeres jóvenes, practicándolas también las casadas y algunas veces aquellas que no debieran tener aliento sino para despedirse del mundo. Tal es la afición de las hembras de mis valles á este ejercicio y delectante fatiga en que, rígidos talle y cabeza y remolones los brazos, bordan el césped con mil intrincadas rasgueaduras, y acompañan sus saltos con el castañeteo de los dedos.

»Yo he dejado de rendirle pária desde un día

---

inolvidable. ¿Quién se atreve, señor, á mover el pié cuando está postrado el corazón? No lo estaba ciertamente el día de mi matrimonio, pues esta sacra institucion es la mas querida y celebrada de nuestra íntima colectividad. ¿Y por qué? Porque nosotros vivimos en familia, y por ella respiramos, y para ella gastamos nuestras fuerzas y aguzamos nuestro ingenio. La mujer y el marido son las dos ramas en que descansa nuestro solar; los padres, el tronco que las produce, y los hijos, los tallos que las reverdecen. El jefe del hogar es el patriarca de la familia, y las leyes vizcainas descenden á pormenores de su existencia interior, y regulan sus actos, justificando la acertada division de poderes y derecho de antiguo y antes que por las otras Provincias hermanas determinados, y entre varias civiles prescripciones, están la que ampara el derecho de la esposa, cuyos bienes no pueden venderse por delito del marido, y la de que los bienes de ambos deben comunicarse cuando dejan prole.

»Acordado mi matrimonio, firmado el contra-

---

to por contrayentes y testigos, señalóse el siguiente día para la solemne traslación, desde mi casa paterna á la de mi futuro, del *arreo* ó ajuar preparado por mi madre, y que por mi padre fué conducido en cinco carros á cual más *chirrión* ó bullanguero, que esta es gala de costumbre, con otras tantas parejas de corpulentos bueyes aderezados con frontales de seda y honor de la festividad, y colmados de vestidos y sayas, ropas de casa y blanca, hermoso catre de roble pulimentado y su complemento, é infinidad de arcas, muebles, enseres y accesorios, sobre los que descollaba la rueca y su bordado *gorú-chapel*, símbolo del trabajo, y cuyos carros, que en su casa aguardaba el padre del novio, despacio y con rodeo caminaron á su destino, para mayor solemnidad del acto y lucimiento del contenido.

»Seguíanles mis pulidas amigas y compañeras, envidiosillas tal vez de aquella brillante ráfaga de felicidad; despues íbamos los novios, llorosa yo como mi madre, que andando trás de mí me arreglaba la saya, y reflexivo él; y luego iba

la suya, los padrinos y el resto de la familia, que lo era cuasi toda la vecindad de mi anteiglesia. Yo lucia mis trenzas (*chori*) rematadas en lazos, única vanidad que nos consiente nuestra modestia, y vestia fina saya encarnada; pañuelo recogido á mitad de la cabeza, de rica seda carmesí con franja blanca; delantal de fondo azul; pañuelo de flores, color abarquillado, á la garganta; pendientes de coral, que imitaban el rubor de mi cara; media blanca y abarca fina, pues aunque los zapatos ya habian extendido su imperio hasta mi aldea, no consintió mi madre que me los pusiera para no diferenciarme de ella, que tampoco los habia calzado el dia de su boda.

»Al siguiente de esta ceremonia, el anciano Párroco bendijo nuestra union, colocando mi buena madre sobre mis sienes, y á modo de corona que con pudor y honestidad debe merecerse, la toca blanca ó *sabanilla*, distintivo de nuestras mujeres casadas, quedando santificado el afecto más hondo de la vida y el amor, que en

---

nosotras no es relámpago que deslumbra y desaparece, sino calor suave y constante, llama que más dura cuanto menos se atiza.

»En alas de ese amor é incentivo de la gallardía y hermosura del femenino sexo vascongado, el Rey Don Fruela tomó por mujer á la doncella Munina, ó *la Bella alavesa*, madre de don Alfonso el Casto, é inspirados en afecto menos lícito y puro, don Sancho Abarca de Navarra obtuvo los favores de una señora de la casa y linaje de los Justiz de Guipúzcoa, y don Fernando V, en Bilbao, fijó los ojos en otra dama llamada doña Toda Larrea, que hubo una hija, Priora más tarde en las Huelgas de Búrgos, conocida por *la Escelenta*, pues segun comenta un historiador, sabido es que los reyes han venido á perder el seso por las mujeres de las montañas cántabras; pudiendo yo añadir que entre mis hermanas concédese la palma al tipo marquines, conservador de nuestra raza en aquellos sitios apartados, donde se reproduce en sus prístinas formas, ostentando la vizcaina presencia y estatura arrogantes, que

concuerdan con la majestad de su cabeza, rostro sereno de perfiles griegos, fresca tez y viriles facciones, ofreciendo á la vista y contemplacion del huésped un conjunto de perfeccion y de belleza.

---

## V.

»Descrita la villa rural de los valles, y descendiendo, señor, de mis amadas montañas, descubrimos la costa vizcaina que nos ha de conducir á la villa, no sin que antes detengamos nuestra atencion en aquellos lugares vecinos al Cantábrico mar, que en su presencia se gozan y que recogen de sus movidas corrientes y rizadas ondas el pródigo sustento, que salta bullicioso de las mallas para rendir productos al inquieto trajin de la pesca. Cofrades mareantes, mayordomos y *señeros* regulan y estatuyen la noble y valerosa industria sometida á tutela de los más expertos, y en cuyos auxilios y *partijas de misericordia* hallan socorro los hermanos pescadores ancianos ó inutilizados, enfermos é impedidos, la viuda y los huérfanos de los que sucumben

en tan rudos azares ó llegan al límite natural de la existencia, y todos aquellos agremiados que fian su *pan de marineros* y sus haberes á las veleidades y zozobras del líquido elemento.

»Hijos son de aquellos tranquilos puertos que al transponer la frontera guipuzcoana empiezan en Ondárroa y el amurallado Lequeitio, activo en tráfico de cabotaje, para la exportacion de escabeches que sus mujeres salsamentan y adoban; allí y más allá están las tejedoras de lonas y lienzos, las labradoras y fresqueras de Nachitua y Puebla de Ea, campos marítimos, lugares de viudas y solitarias mujeres, que, como las de Mundaca, villa de argonautas, y las de Plencia y Barriaca, recuerdan á las primitivas Agapetas; sus hombres, arrojados al riesgo de los mares, buscan medros con que traer al pátrio hogar asegurado el porvenir que suaviza asperezas de la vejez, é iguales ó parecidos fines de aumentos y fortuna conducen á extremos de larga ausencia á innumerables jóvenes de estos países costaneros, que abandonan lares y penates en alas de la codicia,

rara vez satisfecha; y aunque alguno vuelve no desprovisto de recursos y aún de riqueza, y logra á precio tal vez de los goces del espíritu el sonoro nombre de *Indiano*, los más sucumben á la muerte ó á la nostalgia. ¡Ay, señor! Yo atestiguo, separada de mi tierra y errante hoy dentro de la pátria comun, el sinsabor que causa y los turbados sueños que ocasiona la ausencia del hogar donde nacimos, y pido á Dios mantenga caliente el nido de esas aves que, tendida el ala sobre la superficie de las olas, tornan ansiosas al paterno y suspirado asilo, donde nos aguarda la blanda cuna convertida en honrada sepultura.

»Mas sigamos el paso de senderos abruptos y cernidos arenales de la costa. Allí está el sólido muelle de Elanchove, primer voto y asiento en Juntas, hábil en la construcción de lanchas y redes, tarea ésta á que también atienden sus mujeres, ocupadas otras en la salazon y en la preparación de ceciales. Es sitio pintoresco y á propósito para descubrir horizontes y marismas desde sus encaramadas viviendas, reclinadas en

---

la falda de un monte cuyas ferruginosas fuentes aseguran la fortaleza de sus moradores. Cerca está el arenal de Laga con sus lirios silvestres y odorantes, la recortada ribera de la ria de Mundaca con sus vistosos islotes, recreo de gaviotas, y luego la que se considera antigua *Flavióbriga*, la villa de Bermeo, solar de Escilla, el poeta de Arauco, llamado por los Católicos Reyes *Cabeza de Vizcaya*, y ante cuyos homes buenos los vizcainos descubrian y bajaban la suya. Estéril su terreno, produce, merced á la fatiga de sus laboriosos habitantes de ambos sexos; la pesca abundantísima de merluza, lija, bonito, sardina, congrio, besugo y mero, conducen en asnillos al mercado de Bilbao sus traficantes mujeres de saya corta, paso largo, suelto braceo y pronunciado tonillo en el habla. (1) Es de verlas en aquel activo puerto pescador, con el que competir no puede ninguno de la costa cantábrica, esperando ansiosas la llegada del *sardinero* barco ó de la

---

(1) Así las describe, como con gallardía de color describe la costa, el señor don Alfonso de Aguirre.

lancha *bonitera*, bogados por sus intrépidos, nervudos y famosos remeros, cada uno de cuyos acompasados golpes es un relámpago, y que tornan orgullosos con su carga, entonando *cantas* marineras ó anunciándose con hurras y características exclamaciones, mientras la quilla sutil traza su estela en las dormidas aguas, ó el viento frescachon las agita é impulsa la vela, poderosa cual nunca y diligente al observar que hay en el muelle madres, hijos y esposas que aguardan.

»Tropezamos, por último, en nuestra marcha con la aldea de Basigo de Baquio, el *Infanzonado*, según data de historias, y desde la cual, atravesando huertas labradas, parrales que interrumpen los senderos, y saludando caserías que se aduermen al rumor del cauce del molino sombreado de olmos y cañas, peregrinamos al santuario de Gaztelugache, situado en su cónico peñon, donde es fama que anidaron los Templarios, y en cuya cima inventa eso que los poetas llaman fantasía cuanto place á la imaginacion

---

absorta con las impresiones del pináculo misterioso. Las rampas que desde el puente suben á la ermita son escalas de la fe para los místicos romeros, y que tan viva mantienen las mujeres, aprendida de sus Vírgenes y Santos moradores en inaccesibles ó aislados lugares de contemplacion y de culto fervoroso, como la Concepcion de Ea, que tambien se ostenta sobre rocas; San Miguel, en la montaña vertical de Ereño; la Magdalena de Urallaga, oculta en la caverna del torrente; el pico de San Sebastian de Colisa; San Antonio, del agreste peñascal de Urquiola; templos que desde sus soledades y asperezas cantan glorias de Dios y resplandecen á concierto, así como las ermitas de los valles de Marquina, Ceánuri y tantas otras, y en altares señalados, debido alguno á la fundacion de Doña María Díaz de Haro, apellidada *la Buena*, esposa del Infante D. Juan y Señora de Vizcaya, cuya piedad resuena en nuestro oído y fué guía de la que ejercita la gente mareante al invocar el dulce nombre de la Santa Madre de Bogoña, excelsa media-

dora en sus cuitas, duelos y esperanzas, como la reconocen ciento cincuenta mil almas de la familia vizcaína, distribuída en una ciudad, veinte villas, setenta y ocho anteiglesias, diez concejos y cinco valles.

»¡Ah! No es posible que por tibia jamás decaiga la religiosa creencia de sus hijos y devotos, pues apénas modula el niño las sílabas primeras, aprende el *Mandamentu*, que nos enseña *Jangoicoa amátzea, gauza guclaz gañéan* (amar á Dios sobre todas las cosas), y la *Salvea, amá-Virgiña*, en esa lengua llamada del paraíso y de la sabiduría, proclamada la primera entre todas las del mundo, tan original que no congenia con ninguna otra, y que á traves de siglos y siglos conserva sus raíces fijas, y puros sus dialectos propios y no de ajena pegadizos. En el suyo habla el habitante del Señorío, y con mayor limpieza el de Marquina, nombrando á la madre *amá*, en vez del *mamá* de la Nueva Castilla; *aitá* al padre, *eheco-jauná* y *eheco-andriá*, amo y señor y ama, empleando para expresar la afeccion más entra-

ñable del alma la tiernísima voz de *maitia*; y así bien conservamos el espíritu de legendarios cantos populares que los *versulari* (trovadores) transmiten de valle en valle y de lugar en lugar, recordando fúnebres endechas (*eresiac*) que recitaban *lloronas* en los entierros; los irritados acentos de doña Sancha de Ochoa, que lamentó en verso el asesinato de su marido Martín Ibañez de Artazubiaga; los apóstrofes de una poetisa recitante y plañidera que divulgaba su estro para vengar á su hermana doña Emilia de Lastur del olvido de su viudo, el cual trataba de casarse con otra: las reminiscencias del belicoso *Canto de los cántabros*:

. . . . .

*Vizcaiac daroa*

*Cansoa.*

. . . . .

(La Vizcaya eleva

Canto de guerra);

el ¡*Aurrerál* ó ¡Adelante!, grito que inflama el

ánimo y le dispone á las más atrevidas empresas; el *¡Gabon!*, que representa la alegría de la noche de Navidad; y otros ecos, frases y oraciones á cual más vigoroso ó acentuado, entre los que no se conoce palabra del vascuence intérprete de un ruin sentimiento, ni que sustituya á la blasfemia ú obscenidad, ni á groseras interjecciones, y ni tan siquiera á cualquier modismo ó dicho que pueda disonar en oídos pulcros.

»Desconócese en Vizcaya mujer superior á otra, pues las señoras, así vulgarmente designadas por vestir con la distincion de la ciudad, y que en su aspecto no se diferencian de las españolas de las capitales, residen tanto en Bilbao como en las villas rurales y anteiglesias. Prado vivaz en invierno, y jardín el resto del año, es el campo, donde, engolfadas con sus flores de varios matices, existen jóvenes ágiles y acostumbradas á su fatiga que pisan riscos con la misma seguridad que estrados, pues repartida la familia de esmerado trato en valles y caserías, equivalentes á las llamadas residencias de las mo-

dernas poblaciones campestres, al investigador que no viaja en coche ni ferro-carril le es fácil descubrir típicas y elegantes muchachas del litoral vascongado que pasean el traje largo, de que es anuncio la pulida sombrilla, por *estradas*, huertas y alamedas disimuladas á la curiosidad del espectador y sordas al ruido de las agrupaciones centrales.

»La mujer que discurre por calles y habita la capital, dama de circunstancias que la colocan en primer rango y lugar por su fortuna, esposa del propietario, labrador ó industrial, auxiliar del comercio que por sí y para sí ejerce, hija de la clase media, obrera del pueblo, la de fina labor como la que asiste á la faena del muelle, aldeana rentera, vendedora ó sirviente, clase numerosa de la que en mi país se excluye á los hombres, bañera, marinera ó mujer del barquero ó pescador, á quien ayuda y completa en sus oficios, y desde la anciana que asiste cotidianamente á misa y paseo para recordar, la señora de su casa que atiende exclusivamente al cuidado de la fa-

---

milia, y la jóven cuya vida de recogimiento y mansas costumbres no la impide rezar el Rosario, recrearse presenciando la caza del menudo pájaro *chimbo* y lucir á la vez sus prendas estimables y sus encantos, todos estos ejemplares y sociales fisonomías de la característica mujer que he procurado describir, pueden resumirse en esta máxima: «Igualdad de raza», ó reducirse á este concepto: «Provincialismo vascongado».

»No por llamarse rica ó por ser pobre, ni por llevar seda ó estameña, ni por tener cútis sonrosado y manos blancas ó tostada epidérmis y manos encallecidas por la brega, ó por alta ó baja, basta ó fina, ruda ó discreta, heroica sitiada ó sitiadora, en horas de prueba, se clasifican entre nosotras prendas morales que brillan donde quiera que residen, ni rangos y jerarquías, desconocidas en aquella democrática parcialidad, unitaria en derecho, descentralizadora en administración, y cuyo gobierno obedece al lema de: «Todos para todos». Porque en todos los ciudadanos vecinos y naturales del Señorío, desde el

---

trabajador al hacendado, reconocen las leyes forales á sus fieles y procuradores, caballeros, escuderos, infanzones é hijosdalgo, patronos de Vizcaya por su alteza unos, y otros por línea de los deviseros, señores de vasallos solariegos y prebostes de las villas; constituyendo el verdadero infanzonado, que no reconoce pecho ni soberanía, la tierra rural y libre y campo del agricultor que ejercita á la naturaleza en sus producciones desde los primeros rudimentos del mundo, en cuya figura reflectan patricios dictadores, príncipes y santos, y de quien se puede añadir que Máximo Tirio, para pintar un rey, describió un labrador.

»Así los hombres de mi pueblo, atentos á la unidad sancionada por el ejercicio de la libertad pública, y al servicio de «Ambas Majestades», fórmula de convocatoria á sus populares concilios, realizaron, á la vez que la representación constitutiva del país vizcaíno, el prestigio de la patria-monarquía, régimen encarnado en sus códigos, y de cuyos representantes obtuvieron

mercedes, preeminencias y exenciones repetidas los leales y nobles vasallos de la montaña, acostumbrados á perder la vida ántes de rendirse esclavos al yugo ajeno ó á la deshonra, y que entienden su fraternal sistema organizador, no como producto de aquella democracia de que habla la Escritura, en que se alistán unos contra otros para servir al más tirano ó padecer con el infeliz, sino de la monarquía ejercida con prudente blandura, que huye de medios ásperos y de fines precipitosos, y establece el saludable y equitativo concierto de la hermandad.

»Quien fué en sus comienzos glorioso, otro creador fué de sí mismo, y el que á sus mayores emula y glorifica sacando á luz de los anales su memoria, decirse puede que los resucita. El que á su pasado se adelanta, hijo es agradecido que á su padre devuelve la existencia que de él recibió. Anticipar el porvenir y apresurar la obra de los siglos, empresa es de gigantes y profetas.

»De los padres, señor, nosotros aprendimos á

huir la maldad y soberanía, y en nuestra tierra se escatima tanto el crimen, que apenas se le conoce; leves son las faltas, porque no solemos hacer uso de la bebida más que el domingo; el latrocinio, extraño; el respeto á la Autoridad, proverbial; ni desidia, ni inercia, ni hambre nos afligen; evita la mendicidad la pública beneficencia, que observa el deber de sostener y alimentar á los pobres; ministros especiales autorizados por su baston (*nescachas*) vigilan y persiguen á desocupados y holgazanes; mi hospitalaria gente prodiga atenciones y auxilios al forastero; las manos no descansan en heredades, fábricas y veneras; estériles y quebradas cimas hanse obligado á cultivo; mujeres y hombres cambian el sudor como el cariño; los niños casi todos asisten á las escuelas; en suma, lugares y villas andan, crecen y mejoran sin vanos alardes de progreso.

»Así crece de pátria el sentimiento guardado en nuestras casas solariegas, conformes al espíritu de nuestra ley y obedientes á sus preceptos,

---

de entre ellos el que determina que no se admita la vecindad del forastero sin haber antes probado su hombría de bien; exígelo así el abolorio de la pátria particular, madre de la pátria comun, y lo justifica el esmero con que nuestras mujeres han atendido á la moral para evitar el repudio de la Historia, ya que supieron ser madres de hijos que la ilustran, consultores y cronistas, filólogos y doctos en ciencias, náuticos y marinos y poetas y vascófilos de señalada memoria.

»Tal es, señor, la breve referencia de nuestras costumbres, recuerdos y privilegios, purgada de parcialidad, útil tan sólo á los fines que de la verdad se apartan, y exenta de ladeados juicios que la póstuma verdad se encarga de enderezar. Oído tengo, y ciertamente que no se me ha borrado, un dato de comparacion entre dos antiguos historiadores. Plutarco dicen que engrandeció más de lo justo las cosas de la Grecia; veraz en cambio Tito Livio, no disimuló los vicios de los romanos. Síguese de esto, á lo que entiendo, que

---

la pasión nacional es defecto nocivo, y sabia rectitud la del pueblo que se conoce á sí mismo, facilitando medios de que le conozcan los demás, y afianzando con la confesion sincera de las faltas, el crédito de las acciones grandes.

---

## VI.

»Llegamos al fin, señor mio, de ésta que no me atrevo á llamar narracion exacta, por si en ella algun concepto he descuidado,—añadió Ignacia la de Vizcaya, como si hallara en sus ideas descanso á la fatiga de penosa jornada.—En términos nada prolijos, si se atiende á lo que calla mi poquedad é insuficiencia, he dicho cuanto sé de nuestros usos, tareas y solaces: réstame algo que decir de aquello que no se copia de la naturaleza, ni se observa en las costumbres, ni se aprende en los libros; algo que depositar en el seno de la confianza con que usted me alienta y favorece, como en la conciencia del juez deposita sus inquietudes y sentimientos la conciencia del que espera ser juzgado.

»Un episodio de mi vida íntima voy á referir que, ageno á la pintura de nuestros goces pacífi-

cos, encierra un dolor y avisa el remedio; es reflejo de realidades y desengaños que enseñan; acíbar del pasado, cuyo sabor debe endulzar el ejemplo, honda herida que ha de cicatrizar por entero el bálsamo de amor al prójimo.

»Mi hermana Lucía, de más edad que yo, tan hermosa en sus juveniles años como desventurada en los que corren, abandonó mi valle, atraída por el grato rumor de la ciudad. Sus padres consintieron que trocara la rueca por la aguja; adiestróse de la costura en las labores, y halló en Bilbao medros y abrigos en casas de familias acomodadas que la consintieron vivir de su trabajo. Con el roce y trato de aquellas educadas gentes, formaron las felices disposiciones de Lucía una modesta é interesante muchacha, cuyos procederes y modales, realzados por su figura, en que tan lindamente sentaba el vestido de percal, característico de las obreras señoritas de la ciudad, no pasaron inadvertidos, sino por el contrario, celebrados de mozos humildes, á la vez que de atildados caballeros. Éralo, según trazas, un

---

viajante del Mediodía, permaneciente algun tiempo en nuestra villa por asuntos de comercio y achaques de una quiebra á que se presentaba acreedor. Prendóse de mi hermana, la interesó por su aspecto bien portado, galanura y apariencia de acomodo, llevóla al altar con las formalidades de familia, estableciéronse en Bilbao, tuvieron al año un hijo cuya existencia se anunció con privaciones y escaseces, llegó la hora de que Lucía comprendiera que su marido carecía de oficio y beneficio, éste temió las consecuencias del descrédito; avergonzado por sus deudas, huyó de la noche á la mañana para América, segun decia una carta suya, y mi pobre hermana, abandonada, recurrió nuevamente á la aguja para atender á su sustento y al cuidado de su tierno niño. Creció el muchacho tan consentido como menesteroso, y era hombre no habituado al trabajo, cuando la guerra intestina llamaba á las armas. Al par y junto á la laya habia crecido el mio, de la misma edad.

»¡La guerra, Dios santo! ¿Qué espíritu de fa-

talidad evoca su recuerdo? ¿Quién atiza la tea de la discordia? ¿Quién resucita las pasiones dentro de su propio seno? ¿Quién divide nuestras fuerzas, roba al hogar su reposo, á los campos su verdor, y á la tierra sus frutos? ¿Quién enciende en sinrazones el hálito esforzado que obra y no medita? ¿Quién arma brazo de ciego y empuja la piedra que se vuelve contra sí? ¡Ay, señor! Mi pecho rasgan acentos de amargura infinita cuando pienso que si la ira tumultúa, en ella han de abismarse realeza, dominio, religion y justicia. De mis ojos brotan lágrimas de fuego cuando advierto que la guerra roba el hijo á la madre, que el padre hace huérfanos, que el hermano se pone enfrente del hermano, que el humo negro de la pólvora nos afea; cuando observo que la sangre es señal de muerte y mancha de baldon encima!

»Hubo un dia... Pero escuchemos cómo pinta ese dia feliz un afectuoso hermano nuestro (1):

---

(1) El señor don Antonio de Trueba, cronista de Vizcaya, en su hermoso libro titulado *Mari-Santa*.

---

«Cantaban y reían los jóvenes en las heredas; el *jaida gorri!* del carretero y el agudo chirrido de los carros resonaban sin cesar en los caminos que conducían de las veneras á los puertos y de las aldeas á las villas; trescientos grandes buques extranjeros esperaban constantemente en el Ibaizábal el rico mineral de Ollargan, de Miravilla, de Larrasquitu, de Iturigorri, de Basurto, de Castrejana y de Triano; no sé cuantos ferro-carriles terrestres y aéreos trepaban á las montañas para arrastrar al mar los tesoros que las montañas encierran; las altísimas quebradas que separan á Galdámes y Sopuerta del valle de Ibaizábal eran horadadas para abrir paso por ellas á la potente y ruidosa locomotora; en Sestao se construía un gran puerto; de las márgenes de los ríos se elevaba en negras y multiplicadas columnas el humo y el fuego de los altos hornos de fundición; echábanse los cimientos de multitud de establecimientos industriales; los muelles y almacenes de Bilbao no bastaban para contener las mer-

---

»cancías que casi siempre como lastre conducía  
»la muchedumbre de buques que venían á car-  
»gar mineral férreo; el ferro-carril que enlazaba  
»el Ibaizábal con el Ebro no bastaba á transpor-  
»tar hácia el interior de la Península aquellas  
»mercancías, ni las que del interior se enviaban  
»hácia el Océano; veinte mil braceros, en su ma-  
»yor parte emigrados de las riberas del Ebro, de-  
»soladas por la sequía y la perturbacion política,  
»hallaban trabajo y pan en la hermosa y enton-  
»ces feliz comarca donde tengo el corazon y el  
»pensamiento; aquella vida, aquella prosperi-  
»dad, aquella alegría, se dilataban hácia el  
»Oriente y el Ocaso desde San Sebastian á San-  
»tander, desde el mar á los Pirineos cantábricos;  
»las doradas playas marinas y los verdes valles  
»donde brotan infinitos manantiales de aguas  
»salutíferas, estaban poblados por muchedum-  
»bre de forasteros que buscaban allí la salud, la  
»alegría y la paz que no encontraban en el inte-  
»rior de la Península, y las romerías en tor-  
»no de los santuarios eran más alegres, más

---

»bulliciosas, más concurridas que nunca.»

»Pasó ese día de tantas conquistas con nuestro sudor amasadas. Y despues.... despues nadie rie y álguien maldice, los buques que vienen á nuestras costas contrabandean la destruccion, la locomotora parece una loca que corre desbordada al crimen, los puertos callan, los rios se enturbian, los hornos fundidores se apagan porque reclama su fuego la soberbia ó arden para forjar el hierro de la injuria, la industria está en la cantina, los almacenes comercian con los hospitales en miembros heridos ó enfermos, los brazos huyen del funesto trabajo de la matanza ó con él se contaminan; á la vida, prosperidad y alegría sustituyen la postracion, la escasez y el dolor; enmudece ¡Dios mio! la campana y suena el cañon, á cuyo trueno pavoroso las olas del mar se encrespan, los vientos homicidas se desatan, y yo no sé, señor, cómo explicar lo que nuestra razon no ha sabido explicarse. La perturbacion de un vértigo, la terquedad de una idea reincidente y malograda, el temor de perder lo que

---

más amamos, la fé de nuestros mayores y el derecho que nos legaron, impulsaba á los espíritus medrosos y apóstoles del dogma á excitar las creencias, á los padres candorosos á oír, persuadidos de que con otro podia curarse el error, y á los hijos á obedecer. Entonces no sé qué pensamos, pero sí que, como los almogávares al grito de ¡*Aur!* y ¡*Desperta ferrol!*, acudieron todos á una señal; sé que mi hermana empujó á su hijo único á pelear por la causa que ellos llamaban legítima contraria á la que nosotros llamábamos del mismo modo; sé que el mio, no queriendo rendir sus convicciones ni su voluntad á la fuerza, torció el rumbo, sentando plaza en el ejército defensor: empero ¡ay! que llegó un dia de lucha, el dia más aciago de mi existencia, en que mi hermana de un lado y de otro yo, pedíamos cada cual la victoria para su bando; y sé, señor, que despues de reñida la batalla, pusieron á mi hijo una cruz en el pecho, y á su hermano una cruz en la sepultura.»

Ignacia exhaló un suspiro y se echó á llorar; luego, sollozando, continuó:

«Ellos que tanto se habian amado, ignoraban que en este trance fuesen enemigos. Sucumbió aquel de una bala disparada del campo de mi hijo. Lucía pensaria tal vez que el fratricidio se habia consumado. Dudando yo si con mi sangre pudo mezclarse la del torpe Cain, de espanto me estremezco.

»Voz de castigo y retroceso siguió sonando en nuestros valles y montañas. Mi hermana huyó á Francia, donde todavía se encuentra, maldiciendo tal vez mi nombre. Cundió la represalia, graznaba el cuervo, agorero de nuevos sacrificios, las ruinas se hacinaron, la metralla no perdonó la torre de Santa María de Begoña, el plomo hirió el tantas veces centenario roble de Arbieta, la secular y poética encina de la *Salve* cayó despedazada por el hacha foragida, cebóse tambien la saña en el viejo castaño de Montellano, y á tanto estrago é ignominia, temo, señor, que las ramas se desgajen, si no se socavan los cimientos del venerable árbol de Guernica, á cuya anciana sombra pasaron las edades, añadiendo ca-

da una nuevos timbres que confirman las excepciones de mi pueblo.

»Pido á la suerte detenga el curso de otros yermos y oscuros dias. En lábios austeros, ecos suenen de virtudes cristianas. La pátria inspire á la noble mujer vascongada rasgos de caridad y afectos de amor que arraiguen en el pecho de sus hijos, y estas reliquias del alma, santificadas por el trabajo, fecundicen el árbol de la paz, que es el árbol de nuestras instituciones venerandas.

»El calvario de la Madre de Dios agobia con su pesadumbre á las madres de todas las generaciones. Vamos en pos de nuestros hijos, como las madres del mañana seguirán á los suyos. Mi soldado debe obtener muy pronto su licencia absoluta; si no, le seguiré por donde vaya, y el dia en que torne á su hogar, despues de haber mantenido con honra su bandera, tremolará como lábaro salvador la bandera de la azada, y vencida la fuerza por la razon, que entre nosotros tan temprano madura, las madres vascon-

gadas bendeciremos la primera flor que brote en nuestro suelo, que será la siempreviva, lazo de union y de perpétua amistad entre los hombres.»

Aquí calló la mujer de Vizcaya, enjugándose la última lágrima desprendida de su relato. Yo he sentido y llorado con ella. Feliz me considero de haberla conocido. El Cielo escuche sus votos.

FIN.



# ÍNDICE.

---

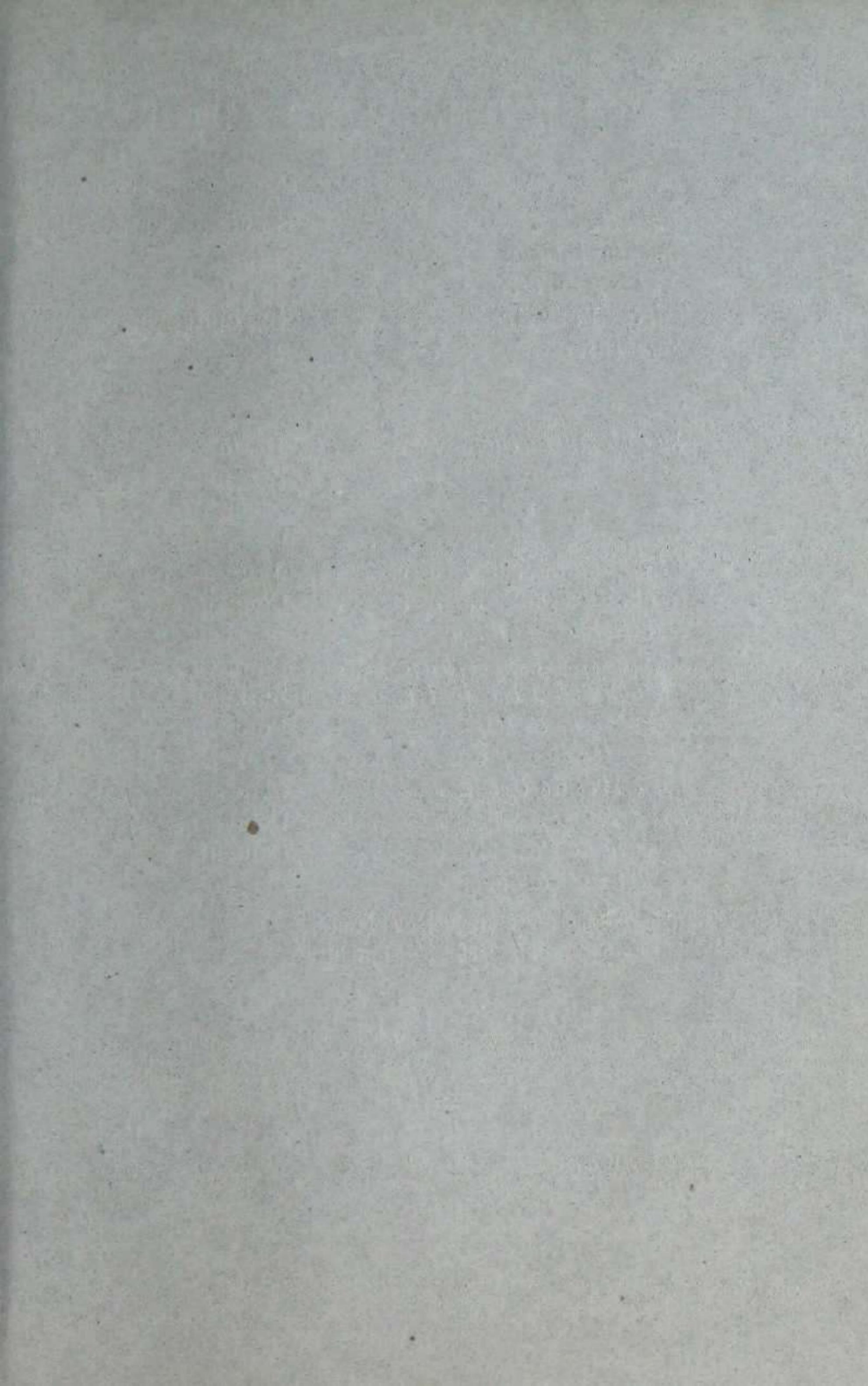
|              | <u>Páginas.</u> |
|--------------|-----------------|
| I. . . . .   | 5               |
| II. . . . .  | 14              |
| III. . . . . | 28              |
| IV. . . . .  | 43              |
| V. . . . .   | 58              |
| VI. . . . .  | 74              |

---

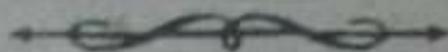








## OBRAS DEL MISMO AUTOR.



|                                      |                 |
|--------------------------------------|-----------------|
| <i>Estrella.</i> . . . . .           | Leyenda, verso. |
| <i>Cuentos íntimos.</i> . . . . .    | Prosa.          |
| <i>Nubes y flores.</i> . . . . .     | Poesía.         |
| <i>Cárlos V. en Argel.</i> . . . . . | Leyenda, verso. |
| <i>Sombras.</i> . . . . .            | Prosa.          |



|   |                         |
|---|-------------------------|
| <i>La paloma torcaz.</i> . . . . .          | Drama.                  |
| <i>La red de flores.</i> . . . . .          | Zarzuela.               |
| <i>Pandereta y clarinete.</i> . . . . .     | Pieza.                  |
| <i>Socorros mútuos.</i> . . . . .           | Comedia.                |
| <i>El mundo nuevo.</i> . . . . .            | Juguete lírico.         |
| <i>Gramática par la.</i> . . . . .          | Comedia.                |
| <i>Equilibrios del amor.</i> . . . . .      | Zarzuela.               |
| <i>La madre del cordero.</i> . . . . .      | Comedia.                |
| <i>El lago de las serpientes.</i> . . . . . | Zarzuela.               |
| <i>El galán de la Higuera.</i> . . . . .    | Comedia.                |
| <i>De gustos no hay nada escrito.</i>       | Proverbio. <sup>1</sup> |
| <i>Los cerros de Ubeda.</i> . . . . .       | Comedia.                |
| <i>Las veletas.</i> . . . . .               | Comedia.                |
| <i>La caja de Pandora.</i> . . . . .        | Comedia. <sup>2</sup>   |
| <i>La flor del cardo.</i> . . . . .         | Zarzuela.               |

1 Traducido al francés.

2 Traducido al portugués.

## PARA PUBLICARSE.



*Reflejos.* Sátira de costumbres. Un tomo.  
*Rosales.* Memorias íntimas de un pintor. Un tomo.